

y salvando la situación, me sonreía en extremo. Continué, pues, decidido á hacer la dicha del malaventurado jugador.

Causóme una especie de desengaño el no encontrar á Inocencio descabezando menudamente las cerillas de una caja, ni untando de sebo un lazo corredizo, ni aguzando y acicalando bien un fiero puñal. Halléle abatido sí, pero sin arrebatos y muy resuelto á venderse por sustituto en las próximas quintas, á fin de resarcir á sus padres el perjuicio ocasionado: propósito en verdad muy conforme con el fondo de tosca y cerril honradez de su alma. Volvíle ésta al cuerpo con el anuncio del inesperado socorro que le traía. Vile, depuesta su bronca reserva y hurano carácter, arrojarse á mis pies, abrazar mis rodillas y llorar y babear como un chiquillo. Me juró mil veces no volver á tocar á un naipe en los días de su vida, recordando siempre el fatal momento en que Cipriano le desplumó sin misericordia. Cipriano, en efecto, había sido el autor de la fechoría, y quiso sin duda aplacar á su manera los escrúpulos de la conciencia, reparando su fullera estafa á cuenta de mi bolsillo.

## XI

Recogíme á mi albergue tan molido y quebrantado á puras emociones, que apenas podía tenerme en pie. Caía la tarde, y una parda y penetrante neblina, comunísima en aquel clima húmedo, se tendía lentamente por las calles. Al penetrar en el portal fementido y negruzco de doña Verónica, tropecé con un bulto humano que soltó una imprecación; estaba el sitio como boca de lobo, pero encendí un fósforo apresuradamente, y pude divisar, á su luz parpadeante y dudosa, á un ganapán con blusa azul de cotonía y gorra de pelo, que en sus fornidos brazos sostenía una sombrerera, un estuche de viaje de cuero de Rusia, y un saco de mano: detrás bajaba la escalera, dando taconazos y tumbos, otro tagarote, cargado con un baul mundo razonable, cuyos dorados clavos relucían sobre las tiras de charrol negro que fileteaban sus costados. Dejé pasar á los dos mozos de cuerda, y subí de prisa hasta mi cuartuco.

No bien encendida á tientas la palmatoria, ví sobre su platillo de latón una carta cerrada con oblea, cuya forma conocí presto, abriéndola con ansia. Era de Pastora. Con los sucesos de la mañana, ca-

si había yo echado en olvido que aquel día terminaba el plazo impuesto por el señorito de la Formoseda para la decisión final de la sobrina del canónigo. Recordándolo, leí afanoso la misiva, sin discurrir al pronto cómo podía haber llegado á mi habitación para que yo la encontrase. He aquí su contenido, previas las devotas iniciales de costumbre:

«Mi muy estimado Pascual:

«Hoy ha sido para mí día de grandes trabajos: «vaya todo por Dios; aún no sé cómo tengo cabeza «para escribirte ahora. Sabrás que mi tío me llamó «á las doce, y con una cara y una voz que ponían «respeto, me dijo que era preciso que resolviese «una contestación definitiva para D. Víctor, porque «bien se me alcanzaba que no era ya formalidad ni «conducta estarlo entreteniéndome. Me expuso las «ventajas de la boda, me habló de las costumbres «de D. Víctor, de sus buenas ideas, de su familia, «de sus intereses... Yo tenía mucho miedo al principio; después fui serenándome, y hablé claro, sin «rodeos, como si estuviese en el confesionario. Declaré que me era imposible gustar de D. Víctor, «que repugnaba el enlace, y que mal camino era «para cumplir los deberes de mi estado entrar en «él con violencia y fuerza notorias. No sé dónde pude rebuscar el valor necesario para responder así «al tío: temblaban todos mis miembros, pero creo

«que la voz era firme. Contra lo que yo imaginaba «no se airó el tío: antes me contestó, con gravedad «y compostura, que llevaba razón, y que puesto «que me conocía por prudente y cuerda y cristiana, «vista mi decisión, no había más que tratar en ello. «Respiraba yo ya con holgura, cuando el tío, haciéndome sentar y discurriendo como en amistosa «plática, me habló de tí. Empezó por informarse é «inquirir qué prendas singulares en tí se juntaban «que así me hacían rehuir y desdeñar una tan ventajosa colocación y un tan honrado marido, por «conservarme fiel amante tuya. Díjome que, dejada aparte tu pobreza, que no era imputable á tí, «él tenía noticias verídicas y exactas de que ninguna cualidad digna de nota te distinguía del vulgo «de los mortales. Que á despecho de ciertas voces «que corrían, á él le constaba de buena tinta que «eras en el estudio desaplicado, y no muy agudo; «en religión indiferente y perezoso; en tu conducta «ni malo ni bueno; y por último, en todo inferior á «la alta estimación que yo te concedía. Pascual, «Pascual, nunca me ví en mayor aprieto. No sabía «qué responder, ni por dónde salir. Una voz me excitaba impeliéndome á defenderte, y otra me imponía silencio, arguyéndome que el tío estaba muy «en lo cierto. Alegué, sin embargo, las palabras y «promesas que han mediado entre tú y yo, y repliquéme el tío que se maravillaba de cómo una doncella de mi reflexión y juicio podía tratar asunto

•tan importante al alma y al cuerpo, cual es el del  
•matrimonio, sin guiarse más que por loca afición  
•y vano enamoramiento, que no mira en dónde se  
•emplea.»

«Sobrina, añadió, en eso se distinguen la labo-  
•riosa abeja y la mariposa casquivana: en que aqué-  
•lla no se posa sino en el cáliz do sabe que hay bue-  
•na miel, y ésta revolotea y se para sobre cualquier  
•flor inútil.—Y aún prosiguió el tío largo rato expo-  
•niéndome los peligros de esas uniones, hechas con  
•livianidad y ceguera, sin que haya acuerdo en los  
•pensamientos, ni concierto en las almas, y que,  
•pasado el hervor primero, y resfriado el corazón  
•ya, rematan en desastres y rencillas y desconfor-  
•midad y guerra. Oíale yo con la cabeza baja, y  
•sin topar, así Dios me prospere, argumento que  
•oponer á sus argumentos. Porque mientras iba el  
•tío estrechándome y encerrándome en la exacti-  
•tud de sus razones, parecía como si se rasgase un  
•velo y quedasen patentes para mí una multitud  
•de cavilosas dudas con que he batallado mil veces  
•y que me han hecho salir, aunque tan moza, un  
•par de canas que puedo enseñarte. Es el caso que,  
•si bien soy ignorante y ruda y no sé más que lo  
•que oí al vuelo en algún sermón, bien se me alcan-  
•za que el destino de los humanos es aspirar á la  
•suma mayor de perfección en esta vida y en la  
•otra, para lo cual debemos cogernos y asirnos  
•muy estrechamente á las cosas más perfectas, que

•nos comuniquen algo de su esencia. Y así yo,  
•Pascual, que me encontraba ya unida y enlazada  
•con la perfección del estado monástico, erré qui-  
•zás poniendo el amor que debía al Divino Esposo  
•en un hombre mortal. Pero como quiera que á  
•Dios no le vemos sino con los ojos del alma, y para  
•esto se ha menester tenerlos muy claros y perspi-  
•caces, y al hombre, que es imagen y semejanza  
•de Dios, le notamos muy bien con los corporales  
•ojos, no es de extrañar que á veces dejemos la  
•perfección altísima é invisible de Dios por lo per-  
•fecto visible que en su imagen encontramos. Mas  
•para disculpar y explicar este sendero que toma  
•el alma, y esta manera de infidelidad que hace á  
•Jesucristo, es fuerza que se reconozca en el objeto  
•que la aparta de tanta hermosura, algún atractivo  
•ó belleza especial que dé color y haga compren-  
•der en cierto modo mi mudanza. Y por este ra-  
•zonamiento, Pascual, pensaba yo cuando iba ha-  
•blando el tío con cuán poca tentación fuí rendida  
•y con qué chica causa me moví á romper la fe ya  
•casi prometida á Dios. No quiero ofenderte, pero  
•la verdad es que desde que te conozco no te he  
•visto seguir más regla que tu gusto, ni aspirar más  
•que á la satisfacción de tus mundanos apetitos.  
•En fin, no estás tú enteramente cortado por el pa-  
•trón de aquellos hombres que parece que justifi-  
•can en lo posible la determinación de dejar por  
•ellos un estado que envidian los ángeles. Mientras

«estas especies se me presentaban confusas y en tropel, acabó el tío su perorata, proponiéndome un arbitrio que conformaba tan bien con mis propios deseos, que lo acepté en seguida. D. Nemesio te informará de él, y entre tanto, deseando que apruebes y estimes mi resolución, se despide de tí.—*Pastora.*»

—¡De dónde diantre sacará esta muchacha tanta sutileza, tales ratiocinios y tanto tiquis miquis! —exclamé, olvidándome en mi enojo de que mil veces admirara yo la claridad de entendimiento de Pastora, llamándole en chanza doctora y bachillera.—¡Y qué resolución será esa! ¡de fijo que se casa con el rico, y para disculparse ha puesto cuatro cosillas de argucias y teologías! ¡D. Nemesio! —grité golpeando la puertecilla de comunicación —¡D. Nemesio! ¿Está usted ahí? ¿puedo entrar?

D. Nemesio asomó á la puerta, y se coló en mi cuarto, no sin haber apagado antes la palmatoria que en el suyo ardía.

—Don Pascual—me dijo con despaciosa pronunciación—ya me presumo lo que va usted á preguntarme; pero antes tengo que aclarar un punto. Yo he traído á usted esa carta de Pastora; mas es inútil añadir que lo hice conociendo su contenido, acerca del cual, como buena y sumisa hija de confesión, se asesoró Pastora conmigo.

—Bien, señor D. Nemesio; pero ¿qué resolución ha tomado Pastora? ¿se casa con D. Víctor?

—Pasan en el mundo cosas que le dejan á uno con tamaña boca abierta. No hay inteligencia que alcance á vaticinar ciertos sucesos.

—Pero... ¿se casa con él?

—¡Quiá, amigo mío! Un no más redondo que una naranja.

—¡Vaya! Poco pesquis hacía falta para profetizar eso, señor D. Nemesio.

—No, pues usted pasó sus miedos y sus recelillos correspondientes.

—¡Bah! ya sabía yo que mi Pastora...

—De cien niñas habrá una que desdeñe así un partido como D. Víctor; pero dejémoslo. D. Víctor se marcha; no sabe usted cuánto lo siento. Va á la corte á distraerse de este mal rato. ¡Un joven tan apreciable! La casa se queda vacía.

—¿De suerte que el equipaje que topé en la escalera...?

—Era el suyo. En menos que canta un gallo se preparó todo. Es muy vivo D. Víctor en ciertas ocasiones. Aun le ayudé yo á doblar la levita y á guardar las camisas planchadas... Y hoy era día de despedidas. La de Pastora me enterneció casi, á fe de Nemesio.

—¿La de Pastora? Pues, ¿se ha marchado?

—¿Sí que no lo sabrá usted? ¿no lo anuncia la carta?

—No, señor, no lo explica.

—Pensé que lo añadiese en postdata. Pues, ami-

go, Pastora ha resuelto entrarse, por algún tiempo, siquiera, en el convento de...

Y aquí me citó uno de los más conocidos de Santiago, que no nombro yo por razones que el lector comprenderá más adelante fácilmente.

—¡A un convento!—repetí atontado sin darme cuenta de lo que decía—¡Va á ser monja!

—No, señor; monja no, por ahora al menos. Lo que quieren D. Vicente y ella es que no siga en el mundo y en la respetable casa de su tío, mientras esos amoríos fútiles no paren en matrimonio, ó mientras no se persuada Pastora de cuál es su vocación verdadera y firme; que aun sobre ésta y otras materias anda sumida en dudas graves. No sabe usted cuánto me huelgo de que la pobrecilla esté en puerto seguro, y de que las rejas del convento se hayan cerrado sobre su donceller, porque si usted presenciara hoy la escena que entre ella y su madre medió, le tendría usted lástima. Cuando la furia (¡Dios me perdone!) de misia Fermina se convenció de que ya era fallida toda esperanza de opulento yerno, se encerró con Pastora, y después de cubrirla de denuestos é injurias de plazuela, la asió de las trenzas, queriendo arrastrarla por el cuarto; y qué sé yo cómo lo pasaría la infeliz cordera, si D. Vicente, recordando sus buenos tiempos de la guerra civil, en que era un mozo (según dicen) como un trinquete, no echara abajo la puerta de una puñada formidable y no arrancara á

Pastora de aquellas felinas uñas. Todo el día se lo pasó el bueno del tío haciendo centinela en el umbral de la habitación en que puso á su sobrina, para que llorase y escribiese á sus anchas.

—La pobre nada me dice de esos malos tratamientos—murmuré yo casi compungido.—¡Lástima que hoy no se use el emplumar!

—Pues no le dejó D. Vicente á esa monja que se arrimase á su hija hasta el momento de la despedida, en que Pastora, como es tan buena cristiana, fué á besarle humildemente la mano.

—¡Voto á sanes! ¡Qué mordisco!

—D. Vicente hizo á Pastora que se echase el velo á la cara, se embozó él en el manteo y se la llevó. Ahí tiene usted el final de la tragedia. ¡Gracias á Dios! al menos en su celda estará sosegada. Y usted debe considerar que este arbitrio ha sido el más prudente, sabio y cauto que pudo adoptarse. El alma de ambos gana mucho con él. El diablo no duerme y hurga el corazón y teje los sucesos de modo que á veces, con los propósitos más rectos, se para en lo peor. No lo digo por Pastora, que bien conocida la tengo, y sé que su alma es un cristal y un espejo; eso sí.

—Entonces, por mí lo dirá usted.

—No, no; usted es un mancebo muy de bien... Pero mozos, y enamorados, y dueños de verse... De todos modos, le viene á usted de perlas carecer de la distracción que le proporcionaba la presencia

de Pastora, porque así podrá usted estudiar y procurarse un porvenir para merecerla.

Oía yo á D. Nemesio, y como suspenso y absorto daba golpecitos en mi rodilla con la mano. Al rozar en el pantalón, hube de sentir un objeto duro. Eran los famosos diamantes del experimento, envueltos en el propio papel en que me los entregara Onarro. Pegué un brinco al súbito recuerdo que aquel objeto despertaba y que casi se borrara ya de mi mente con tantas impresiones varias y nuevas.

—¡Señor D. Nemesio—exclamé—pero si me olvidaba de lo mejor! ¡Majadero de mí, si mi porvenir está hecho ya, y es magnífico, soberbio, incomparable!

D. Nemesio me miró de hito en hito, á ver si estaba serio. Alarmóle mi cara.

—¡Sí, soy rico!—proseguí—rico y poderoso, sin necesidad de quebrarme los cascos y mancharme los dedos en la clínica! Y no digo más; pero, por mi santiguada, que el que viva verá buenas cosas. Sí, D. Nemesio honrado, nos casaremos, nos casará usted, y tendrá un buen regalo, y dirá la misa con cáliz de oro, y cuanto lujo pudiera desplegar D. Víctor en su boda, no llegará á la suela del zapato del que ostentaré yo!—Y en la expansión de mi júbilo, eché los brazos al cuello del buen clérigo, que se desasíó blandamente, y entrando á la carrera en su dormitorio, volvió en seguida con la tetera y correspondientes chismes.

—Si no estoy enfermo ni lunático—grité.—La tetera no hace falta.

—Bueno será, sin embargo, que tome usted una tacita—repuso D. Nemesio, que diciendo y haciendo encendió la estufilla.

Dejéle yo con su inocente faena, y tomando papel y pluma emborriné una misiva para Pastora:

«Paloma mía,»—púsele con febril pulso y mal trazada letra—«fuera de sazón me parece que vienen ahora esos repulgos y esas cavilaciones en que te engolfas. Has despachado al monigote de D. Víctor: has hecho muy bien; pero no sueñes con rejas, ni con tocas, porque, óyeme, que de esta vez va de veras; soy rico, opulento, apaleo el oro, nado en riquezas, no sé cómo te lo exprese, repita é inculque para que lo entiendas; hoy mismo salgo á un viaje de algunos días, y á mi vuelta traigo conmigo los tesoros de las Indias, la plata de todo Méjico; con que, chiquilla, déjate de discutir, van á realizarse mis proyectos, fantasías y castillos en el aire, que te hacían reir tanto; llegaré y verásme poner á tus pies un montón de onzas, que mal año y mala pascua me dé Dios si no sube tan alto como el campanario de tu convento.

«Adiós, princesa; no pienses en monjío, criatura; podemos ser más felices que reyes. El matrimonio es un estado santo; pregúntaselo á D. Nemesio,

» que no me dejará mentir. Hasta la vuelta; te escribirá desde todas partes tu

*Pascual.* »

A un mismo tiempo tendía yo á D. Nemesio esta carta, y alargábame él á mí la tacilla llena de la aromática bebida, y despidiendo suave vaho. Mientras yo bebía por compromiso el té, él concienzudamente se daba á leer mi epístola. Al terminarla, dejola caer con desaliento en el regazo femeníl que le formaban los pliegues de la sotana, y apoyando el codo en la mesilla, murmuró:

—Sr. D. Pascual, no tengo inconveniente en dar á Pastora esta carta; pero quisiera que usted se fijase bien en lo que en ella se contiene. Habla usted de riquezas, de millones, de apalea oro... y, vamos, yo creo que los malos ratos de estos días pueden haberle afectado... no, no lo eche á mala parte; pero en fin... ahí hay cosas, que en Dios y en mi ánima...

—Todo es verdad;—afirmé muy grave, chupando los terrones de azúcar que, ensopados y á medio desleír, quedaban en el fondo de la taza.

—Podrá ser, pero no lo parece.

—Yo se lo aseguro á usted...

—Es tan inaudito el caso...

—Pero no imposible.

—¡Su alma en su palma! Si Pastora me pide consejo, yo, como padre espiritual, debo dárselo

sano; y no se enfade, Pascualito; tengo para mí que en durmiendo hoy, y tomando caldo de sustancias y té, escribirá con más cordura y razón. Estudie, trabaje; Pastora le quiere bien...

Sin decir palabra, y con diligencia admirable, tras de haber mirado la hora que era, inclinéme y arrastré de debajo de la cama la maleta de cuero negro y bruñido á fuerza de uso, y sin cuidarme de sacudir la costra de polvo inveterado que la cubría, comencé á embutirla y rellenarla sin orden ni concierto con las tres ó cuatro maltratadas camisas, los pañuelos, las botas de repuesto, las navajas de afeitar y demás prendas y trastos de mi mezquino guardarropa y ajuar espartano. Allí caían y se mezclaban heterogéneos objetos, con la propia confusión con que se barajaban en el seno del caos los elementos primarios de los mundos.

—¿Qué hace?—preguntóme D. Nemesio, que no cesaba de observar con azorados ojos mis idas y venidas y mi apresurada maniobra.

—Ya lo ve usted; el ható,—contesté envolviendo en una chalina vieja unas cuantas cajetillas de papel y sepultándolas en las entrañas del maletín.

—¿Pero se marcha usted?

—Sí, señor, ahora mismo.

—¡Pascual!... ¡Pascual! Dios quiera... vamos, yo me entiendo. ¿Y á dónde bueno? ¿Se puede saber?

—A Madrid.

—¡Jesús!

—Por la diligencia portuguesa, que sale ahora á las diez y media de la noche.

—¡Señor!... ¡Señor! ¡Peste hay de marchar! ¡Se va todo bicho viviente! Y esta fuga, ¿es para volver con los millones?

—Cabalito.

—Hijo— me insinuó D. Nemesio, incorporándose y llegándose á mí, con muestras y señales de enternecimiento y pujos de paternal afecto—hijo, piénselo: barrunto que camina usted en alas de un desatinado afán y hacia una empresa huera y loca. Estos misterios, esta precipitación, esos montes y morenas que usted se promete... desde mil leguas trascienden á mirage y engañosa quimera de la fantasía. No quiere usted revelar cuál sea el fundamento de sus esperanzas, *¡malum signum!* Créame, deshaga el equipaje, y ahora cenaremos juntos, en paz y en gracia de Dios.

—Convido á usted, —dije con fachenda,—á comer en mi compañía el día de mi vuelta, y le prometo que habrá pechuguitas de faisán y vino del de á cinco pesos botella. ¡Animo, Sr. D. Nemesio! Usted verá quién es Pascual López.

Mostró D. Nemesio en la expresión del semblante hallarse un tanto impresionado y movido por mi terquedad y afirmaciones rotundas. Explicábame yo con tan gentil y seguro y alegre ademán, que era irresistiblemente contagioso mi optimismo. De repente, en el momento de doblar con delicado es-

mero mi flamante gabán, estirando las mangas para evitar las arrugas, cruzó por mi mente un pensamiento, un recuerdo que me dejó helado y de una pieza. Introduje los dedos pulgar é índice en el bolsillo del chaleco, y extraje un doblón de á cinco, un peso isabelino y alguna calderilla. Era cuanto restaba del billete de cuatro mil.

Paréme abrumado, sin movimiento ni voz, caída la cabeza y colgantes los brazos y trasudando de congoja. D. Nemesio me contemplaba, esperando sin duda á ver en qué quedaría aquello. Mas de improviso me fuí derecho á él y retrocedió. Le así violentamente de la mano. Se hizo una pelota, y se metió en un rincón. Medio á la fuerza le arranqué de allí.

—Señor don Nemesio de mi vida,—grité con descompasado tono,—usted es bueno, usted es un santo, usted me salvará. Présteme usted sólo media onza: con ella espero llegar á Madrid. Me basta.

Miróme D. Nemesio atónito, y soltando al cabo la risa.

—¡Buen principio de semana,—exclamó,—cuando ahorcan el lunes! ¡Con que es usted el futuro millonario, el que apalea el oro, el que nada en riquezas! ¡Bien comenzamos, hombre!

—Yo le juro á usted que se la volveré doblada y zahumada. Antes de ocho días, le enviaré si gusta ochocientos duros. Pero no me deje usted morir ahora de pena. Vengan por el cielo esos 160 reales.



—Pascual, media onza supone mucho para este humilde capellán, que no quiere en su vejez vivir á expensas de nadie, aunque tiene excelentes amigos que se regocijarían...

—¡Señor don Nemesio! ¡Será un favor que no olvidaré jamás! Esa media oncita, mire usted, me saca del pantano. Con lo que tengo no me alcanza para el billete.

Se nubló el rostro del excelente hombre. Ví claro que le afligía de un modo igual negarme el servicio ó perder sus ocho duros. Entonces me ocurrió un expediente. Cojí en mis brazos el gabán, como se coje á un niño chiquito, y lo deposité en manos de D. Nemesio.

—Me ha costado veintiséis pesos hoy—dije—y siempre producirá diez. Autorizo á usted para que lo venda.

—No, Dios mío, no lo decía yo por tanto—murmuró D. Nemesio algo colorado y confuso.—Nemesio Angulo experimenta placer singular en servir á sus amigos sin interés ni cálculo. Sólo que ya ve usted, yo no soy un potentado; ni ahora ni nunca lo fuí; la misita me mantiene, y procuro vivir con sobriedad. Pero al cabo le aprecio. Voy por la media onza. Le suplico, eso sí, que cuanto antes pueda... porque mis economías son tan escasas...

—No, no la admito, si usted no recibe el gabán.

—Bien, bien, lo cepillaré y cuidaré en ausencia

de usted... Le pondré alcanfor para que no se apolille...

Salió D. Nemesio, y volvió trayéndome, envuelta en mil papelitos, media reluciente pelucona. Breves fueron mis aprestos de viaje. En la administración de diligencias ví, lo primero de todo, á D. Víctor de la Formoseda, muy embutido en su gabán y resguardado el rostro de la fría temperatura con un pasamontaña de pieles. No pude juzgar de la expresión más ó menos mohina de su rostro, porque sólo la nariz asomaba entre aquel atavío semi-eslavo. A un tiempo mismo saltó él y se recostó en la berlina, y me encaramé yo al cupé trabajosamente. ¡Jugarretas de la suerte caprichosa! Ibase él calabaceado y á malgastar dinero, yo preferido y á granjearme un caudal; y como para irritar mis ansias, todo el camino le ví bajarse en las estaciones, y comer y almorzar opíparamente, mientras yo engañaba el apetito con el pan y el queso que envueltos y atados en una servilleta me entregara al partir doña Verónica; y en tanto que á mí me servían de incómodo asiento los duros bancos de los coches de tercera, tendíase él muellemente en los cojines de un departamento de primera, dormitando al amor de los caloríferos.

.....  
Yo pude vender mis diamantes en Oporto, ciudad donde es activísimo el tráfico de joyería, y donde una larga calle está formada sólo por tien-

das de orífices. El comercio con el Brasil daría color al negocio de la venta de unas piedras en bruto. Mas no me ocurrió tan sencillo expediente, y pasando sin detenerme por Oporto, no paré hasta Madrid.

Al sentar el pie en la coronada villa, donde á la sazón no existía quien se atreviese á usar corona, que aun las inofensivas heráldicas había suprimido el Gobierno revolucionario, víme en más que mediano apuro, por haberseme concluído el dinero totalmente, y no poseer ni aun unos céntimos para parodiar el alarde de Camoens cuando entró en su patria. Halléme, pues, perdido por las calles de Madrid, en una bella y despejada mañana de invierno, sin blanca en el bolsillo. El sol, claro, picante y alegre, á despecho de la estación, rasgaba la ligera y vaporosa neblina matinal, cuyas gasas azules flotaban aún, encubriendo á medias la elegante perspectiva de los árboles de parques y paseos. Algún carruaje de lujo rodaba ya, cruzando desdeñoso al través de los pesados carros de vituallas y mudanzas. Por las puertas entreabiertas de las cocheras se veía á los criados de cuadra, en mangas de camisa, cepillando y bruñendo el arrogante tronco media sangre, ó bruñendo los lucios cascos del bayo trotón inglés. Los cafés solitarios convidaban, no obstante, á entrar, y en su dintel se recostaban los mozos, con blanquísimo delantal, bien peinados, tendiendo su hocico

insolente y pulcro, como si de mí y de mi apetito se burlasen. Los escaparates comenzaban á recibir, en artística agrupación, su tentadora carga. Atraíanme las joyerías. Me detuve ante la de Ansoarena, y contemplé largo rato, al través de los altos y diáfanos cristales, los estuches de raso cereza, de terciopelo azul, en que descansaban aderezos soberbios, sartas de iguales y gruesas perlas, un pájaro de rubíes y esmeraldas, con cola de airones de blanca pluma.

Estuve á punto de entrar allí y arrojar sobre el mostrador los diamantes del experimento: mas contúvome una idea: al lado de aquellas pedrerías talladas, engarzadas y resplandecientes, lo que yo llevaba en la faltriquera se me antojó más opaco y feo que los adoquines del empedrado: no me podía habituar al pensamiento de que mi tesoro fuese igual en calidad á los que ostentaba la vidriera de la joyería; y al imaginar que acaso mi esperanza estribaba en unos guijarros sin valor, me temblaron las rodillas, y sentí un desfallecimiento creciente. Al azar y sin objeto subí por una calle, que después supe ser la de la Montera; y cerca ya de la graciosa fuente de la Red de San Luis, cuyo pilón y platillos adornaban colgantes agujas y carámbanos de hielo, ví una platería humilde y estrecha en cuya delantera, entre algunos brincos de oro y algunos corales, había cucharillas de sobredorada plata, pilillas de cáscara argentina, y tal cual dia-

mante montado en sortija ó aretes. Penetré, ya resuelto á salir de angustiosas dudas. Inventé una historia, supuse un pariente muerto en el Brasil, y cuya herencia constituían aquellas piedrecillas. El platero dejó el periódico con que se solazaba, y calándose los lentes, examinó curioso el contenido de mi envoltorio. Sin pronunciar palabra pasó á la trastienda, volviendo al cabo de pocos instantes. Traía las piedras en una balanza, que dejó sobre el mostrador.

—Son diamantes en bruto—dijo.

—¿Verdaderos?—pregunté con ansia y aturrida indiscreción.

—Ya lo creo.

—¿Y valen?...

El platero tornó á mirarlos, á remirarlos; equilibró la balanza, los fué tomando después entre los dedos uno por uno.

—Son—repitió—verdaderos, y tan puros y limpios, que es pedrería de primera. Tendrán facetas ricas y numerosas. ¡Qué claros!

—Y... ¿qué valdrán? ¿qué valdrán?—reiteré trémulo de gozo y henchido de fe en la ciencia.

El traficante incrustó sus ojos en mi rostro, como para persuadirse de mi perfecta ignorancia é inexperiencia en materia de diamantes. Patente debió mostrarse mi incompetencia en el asunto, porque el hombre puso satisfecho gesto.

—Valen... valen bastante: no una suma fabulo-

sa... pero... El tamaño no es grande, y en diamantes, el tamaño es lo que importa... Un tantico más de volumen hace subir el precio...

—En sustancia, ¿que me da usted por ellos?

—Yo... es decir... ¿usted los vende?

—Sí señor. Ahora mismo.

—Para mí no es negocio: hay que tallarlos, engastarlos, revenderlos... Pero si usted no es exigente... ¿Se contenta usted con media talega?

¡Diez mil reales para quien carece de un ochavo y siente los ásperos mordiscos del hambre! No obstante, aunque me urgía tanto cerrar el trato y recoger el dinero, con todo, despertándose mi suspicacia del Norte, barrunté que aquel hombre especulaba con mi falta de conocimientos y con mi carencia de medios, y decidido á no dejarme cazar sin defensa, regateé desesperadamente hasta obtener los dieciséismil. Entregóme la mitad incontinenti y firmó un pagaré del resto, á plazo de tres días.

No bien fuí dueño de aquella cantidad, pensé en mantenerme y alojarme. Al saltar en la estación del ferrocarril, oyera yo á D. Víctor de la Formoseda dar al cochero de un tres por ciento las señas de una fonda, señas que se quedaron impresas en mi memoria. Acudí á igual medio; ceceé al primer alquilón que ví parado, gritéle la propia orden, y con gran sorpresa mía, no bien hubo rodado como cinco pasos, abrió el auriga la portezuela y dijo:

—Ya estamos.

Era allí, en efecto, en la misma calle: la maliciosa simplicidad del cochero le hizo guardarse bien de advertírmelo. Halléme, pues, como en Santiago, viviendo bajo el techo que cobijaba al señorito de la Formoseda, circunstancia que, como verá el lector, influyó harto en mi destino.

Es de advertir que el gallego, y aun no sé si todo provinciano que de improviso y por vez primera llega á la corte, experimenta una impresión de nostalgia y melancolía, una sensación de aislamiento penoso, que le mueve á procurar, por cuantos medios estén á su alcance, la sociedad y trato de los paisanos y compatriotas que errantes andan por aquella liorna de Madrid. Dispersos los gallegos en espectáculos y calles, se buscan con no menor afán instintivo y mecánico del que muestran por reunirse los trozos de la cortada serpiente. El gallego de levita arroja entonces miradas de simpatía y ternura á los zafios aguadores que por las esquinas tropiezan abrumados bajo el peso de los enseres de su humilde oficio. Si la Maritornes de su fonda es gallega, casi casi improvisa con ella un idilio. Los que en Galicia eran indiferentes, enemigos quizá, se saludan en Madrid con cordialidad y júbilo. Con fruición inefable se dirigen una frase en dialecto, y la celebran á carcajadas como si hubiera sido el donaire mayor del mundo. Comparan los alimentos, el paisaje, el trato, y concluyen por echar de menos, mientras saborean trufas, las fi-

lloas y la borona, ó por maldecir del empedrado, que no tiene baches como el del pueblo natal. Puntualmente nos sucedió esto á mí y á D. Víctor. Al encontrarme él en la mesa redonda, viéndome á la vez con buen equipo ya, cosa que procuré en seguida, echó á un lado su altanería, reserva y tiesura, y me tendió la mano con cuanta amabilidad cupo en su engomada persona.

Por mi parte correspondí á su cortés demostración, cediendo al doble deseo que me bullía en el cuerpo, de hablar con una persona de mi país, y, principalmente, de mostrar al orgulloso señorito que Pascual López no era ya un quídam, y que podía competir con él en lujo, boato y esplendidez. Mal conocería el carácter de los gallegos quien los supusiera consagrados á amontonar sórdidamente ochavo sobre ochavo, por el avaro goce de la posesión. Si el gallego es capaz de ahorrar sin descanso toda su vida, éslo también de quemar sus economías en cohetes por deslumbrar una semana á su parroquia. Eso sí, es de rigor que los espectadores y admiradores de su magnificencia sean aquellos mismos que le vieron partir descalzo y mísero á las Antillas ó á la América del Sur. Cuando el pobre mancebo barre en la Habana la tienda, y esconde en la hucha un real más, sueña con el día memorable en que ante toda su parentela luzca el reloj y la cadena y la sortija adquiridos á costa de tantos sudores, y pague á peso de oro la propiedad

del pródigo por cuyos linderos llevó en su infancia las mansas vacas á merodear unas briznas de yerba.

Yo, que sin mayor trabajo me hallaba con un capital regular presente, y opulentísimas promesas para el porvenir, así á dos manos la coyuntura de aturdir, sobrepujar y dejar atrás al acaudalado señorito, cuyos gastos y refinamientos tantas veces me quitaron el sueño en Santiago. En este torneo y certamen de necedad no me iba en zaga el bueno de D. Víctor. Si juntos asistíamos al teatro Real, y me adelantaba yo á tomar los asientos, á la salida Formoseda me obligaba á cenar en la Iberia, y pagaba el Champagne y los helados. Al día siguiente convidábale yo á un almuerzo en la Perla, y por la tarde traía él un carruaje de alquiler de lujo, en que arrellanados como archipámpanos girábamos alrededor del obelisco de la Castellana, sin conocer alma viviente en aquel remolino de landós, clarens, berlinas y milores, dando quizás á alguna hija de la civilización asunto de maliciosa risa con nuestro aire semi-aburrido, semi-importante.

Un incidente impensado vino á animar nuestra sosa cuanto espléndida vida. Y fué que, como acertásemos una noche á entrar en un teatrillo de los de quinta clase, donde se representaba un comediación de magia primitiva, con muchas trampas y alambres, mucho ángel parlanchín y mucho diablo

vestido de colorado, parecióme reconocer en uno de dichos diablos, á pesar del diabólico arreo, la propia figura y geta del ganapán de Cipriano, aquel espejo y flor de los malos estudiantes; no pudiendo caberme ya duda en ello, cuando ví que el diablo, habiéndonos divisado en las primeras filas, nos hacía grandes señas, aspavientos y garatusas. Apenas cayó el telón y comenzó el entreacto, vino un acomodador á rogarme le siguiese entre bastidores; obedecíle, no sin llevar del brazo al inseparable D. Víctor. Cipriano, ataviado con su traje infernal, me recibió colgándose de mi cuello, con demostraciones de extraño regocijo, y presentóme á toda la gente de la carátula y la farándula, que nos hizo campechana y risueña acogida. Supe que el estudiante, siguiendo su aventurera vena y humor traviesísimo, se viniera de comparsa con los zarzueleros, en pos de la estela de su doña Leonor, que muy emperifollada, con disfraz de arcángel, alitas de cartón y bucles, por allí andaba dando vueltas. Desde aquel punto nos hallamos D. Víctor y yo altamente relacionados: frecuentamos las bambalinas, y no nos faltó quien nos riese las gracias y quien nos aleccionase en conocer el mapa del Madrid que se divierte. Eso sí: las saneadas rentas de la Formoseda y mi caudal diamantesco se iban en volandas, derritiéndose como la sal en el agua.

Yo no sé por donde acertaba Cipriano con tanta

socaliña. A D. Víctor lo embaucó quizá más fácilmente que á mí. Pude con tal ocasión convencerme de que bajo el aspecto rígido y el aire de juez recataba el pobre señorito de la Formoseda vivos afectos y pasiones, y persuadirme de que, fuese por ternura ó por orgullo, Pastora era un dolor que aún le lastimaba el corazón y que trataba de espantar y curar con heroicas medicinas que, á ser yo mejor cristiano y hombre de propósitos más dignos, no le hubiera puesto cerca, como por descuido lo hice. Véale yo con cierto escozorcillo de conciencia olvidar su antiguo método y conducta, y jamás acerté á intentar sacarlo de la zanja. Mi vanidad no me consentía retroceder ni aturdirme cual D. Víctor; gastaba lo mismo ó más que él, por no quedarme á la cola. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: un día registré mi cartera y halléla punto menos desalquilada que estaba cuando dejé á Santiago. Casi al terminar yo mi recuento me trajo el camarero en una bandeja dos cartas.

## XII

Cuando recapacito despacito en los acontecimientos de mi vida, nada me hiere y sorprende como lo flaco de mi voluntad y lo mudable y toronado de mis resoluciones. Soy una especie de camaleón moral, que trueca color á cada minuto. Amé á Pastora, aborrecí á D. Víctor de la Formoseda, y por la mayor y más necia de las debilidades, teniendo en mi poder el medio de acercarme al objeto amado, me quedé en compañía del objeto aborrecido. ¡Qué metal tan endeble el de mi alma! ¡Qué estofa tan rompediza la de mi querer! Dos meses había yo invertido en Madrid, dos meses y un capital; y todo ello por el regalado gusto de mostrar á D. Víctor que si él se compraba un bastón por la mañana, podía yo alquilar un caballo por la tarde!

Y es lo bueno que no miré frente á frente la situación hasta que, después de hallar escurrida mi bolsa, eché una ojeada á las dos cartas traídas por el camarero, y reconocí en el sobre de una, hecho de papel grueso y regado de arenillas, la letra chiquita y ceñida de Pastora.